
DISCURSO XXVIII.

Espectacion.

Expectans, expectavi Dominum.

Esperando, esperé al Señor.

(David, salmo xxxix. v. 1.)

ATÓNITOS los cielos y la tierra ante el enlutado panorama que ofrecía la naturaleza degradada y cautiva por el pecado de nuestros primeros padres, esperaban con impaciencia un acontecimiento que, estupendo y admirable en sus efectos, como lo fuera en los fenómenos que le precedieron, verificaria una restauracion universal, á cuyo influjo se abriria sobre las ruinas del vergonzoso imperio de la mentira el invencible reinado de la verdad. A unas generaciones de criminales sucedieron otras generaciones de criaturas más inocentes; en pos de unos pueblos que se habian hundido en el caos de donde salieron, recorriendo con la velocidad del relámpago el florido sendero de los vicios, marchaban otras naciones que, buscando la inmortalidad en su verdadero principio, y esclareciendo su entendimiento con las luces de la fe, atravesaban con seguridad y con perseverancia por el espinoso camino de la virtud. Pero llegaban todas, y todas desaparecian. La razon humana, hidrópica de aquella omnipotencia que la serpiente maldita ofreciera con envenenada astucia á los primeros habitantes del Paraiso, elevaba sus miras y asestaba sus tiros, más orgullosa cuanto más cobarde, contra el sólio de la Divina Providencia. La seduccion por malicia de la primera mujer; el crimen por debilidad del primer hombre, y la ingratitude de los dos seres más afortunados que entónces conocieron los siglos, penetraban mas allá de las bóvedas celestiales, y reclamaban castigo de parte de los ofensores y venganza de parte del ofendido: el ofendido era Dios.

Su justicia habia proscrito á Adan y á Eva del delicioso Eden donde sus ojos miraron la primera luz, condenándolos á proporcionarse con el sudor de su frente el alimento del infortunio; y el castigo, señores, reducíase á peregrinar esclavos siempre de las enfermedades, y á sucumbir bajo el hacha de la muerte.

Pero al lado de la justicia de un Dios, resplandecia como atributo excelentísimo la misericordia de un padre. Su irresistible poder hubiera reducido en un momento á su primitiva nada la máquina de la creacion; pero la ternura de su corazon, que miraba en el hombre lo mejor que habia producido su suprema inteligencia, y que amaba al hombre con el amor que sólo puede amarle un Dios, no podia permanecer indiferente á los destinos de un alma formada á imágen y semejanza suya, y vivificada con el soplo fecundante de la Divinidad. El alma estaba perdida, y era indispensable salvarla; centelleaba muy de cerca el rayo que habia de aniquilarla, y Dios no queria consentir que feneciese y se precipitase en un momento lo que habia de ser instrumento sonoro de su gloria por toda una eternidad. ¿Y esperaria su salvacion la criatura en la critura misma? ¿Aguardaríala acaso de los ángeles que, ocultando el seráfico rostro bajo sus alas, procuraban con sus adoraciones desagrarar á Dios de los descatos recibidos de los hombres? ¿Pensaria tal vez encontrarla en la sucesion de los tiempos, en la variacion de lugares, en el descubrimiento de nuevos mundos, en la promulgacion de otras leyes ó en el ascendiente que sobre las naciones constituidas desde el uno al otro polo, iban tomando la cultura y la civilizacion? ¡Quiméricas ilusiones, cristianos! El espíritu de Dios, llevado en otro tiempo sobre las aguas, volaba ahora de colonia en colonia, de familia en familia, de corazon en corazon, y sostenia las esperanzas de los Patriarcas, robustecia los cánticos de los sacerdotes, hacia resonar con unisona concordancia las liras de los Profetas, y cuarenta años de símbolos, de figuras y de vaticinios, antes de sumergirse en el abismo del no ser, presentian cercano el término de sus afanes con el reinado y advenimiento de un suspirado Salvador. *Per adventum ipsius, et regnum ejus.*

Espectacion universal embargara los ánimos de la familia de Noé, esperando impaciente el regreso de la paloma dentro del arca misteriosa. Regresó, trayendo un ramo de oliva; éra el emblema de la paz. Espectacion universal infundia en el pecho de las legiones hebreas aquella columna de nube que las guiara en la noche de sus combates; en el Patriarca Elias aquella nubecita que se meció sobre la blanquecina plataforma del Carmelo; en las

sedientes turbas que rodeaban á Moisés, aquella vara y aquella peña, á cuyo contacto y de cuyas entrañas brotaron las aguas de la ley antigua, símbolo verdadero de las aguas de la ley de gracia. Una espectacion universal hace insoportable á Daniel la tardanza de su Señor: obliga á exclamar á David en un momento de poética inspiracion: «Muéstrame, mi Dios, tu misericordia, y envíanos cuanto ántes al que es nuestra salvacion.» Espectacion, finalmente, universal embargando el corazon y los sentidos, el espíritu y las potencias de Isaias, y elevándole sobre la masa comun de las criaturas para colocarlo en el punto más alto de lo sublime, le hace prorumpir con el lenguaje de la fe y entre los éxtasis del amor: *Ecce*. «Hé ahí; una Virgen concibirá y parirá un Hijo, y su nombre será llamado Emmanuel: descienda, pues, de lo alto ese rocío suavísimo de los cielos; rásguense las transparentes nubes y lluevan al Justo; dividanse los escondidos senos de la tierra y brote de ellos, como bendita planta, su padre y su Salvador.» *Aperiat terra, et germinet Salvatorem*. Espectacion universal... Pero basta, católicos.

Ese advenimiento suspirado que roba la atencion del universo entero; esos ardientes deseos de la naturaleza toda que los mortales veian expresados lo mismo en la silenciosa piedra de una montaña que en la murmurante hoja de los árboles; esas esperanzas bien fundadas de la multitud, sueño de oro del pensamiento, y necesidad entonces y siempre del corazon humano, iban á cumplirse satisfactoriamente, tocando el término de su preñez la más prudente entre las vírgenes de Sion: iban á realizarse acercándose el ansiado y prodigioso alambramiento de la más hermosa entre las hijas de Jerusalem. Nunca desearon, con motivo más laudable, los afligidos, consuelo; socorro los necesitados; medicina los enfermos: deseábalo Maria. Nunca esperaron con más segura confianza los discípulos á su Maestro; los siervos á su señor; los esclavos á su libertador; á su pastor las ovejas; los hermanos á su hermano; los hijos á su padre; las criaturas á su Criador: esperábalo Maria. *Expectans, expectavi Dominum*. Habitadora corporalmente de la tierra, y moradora en espíritu de la gloria, su asiento era ahora, como lo habia sido al principio y ántes de todos los siglos, al lado de la Beatísima Trinidad; y al conocimiento profundísimo de este misterio, uníase, como recompensa de su sumision divina, el del misterio de la Encarnacion del Hombre-Dios en sus inmaculadas y virginales entrañas; preelegida por el Altísimo, cooperando el Espíritu Santo, y saludada por el Arcángel, aceptó de su propia voluntad el cargo de co-Redentora de los hombres; y este des-

prendimiento de sí misma derramó en su corazon todas las amarguras, los dolores y las incertidumbres de los hijos de la culpa; hizo partícipe á su alma de las alegrías, del entusiasmo y de los triunfos de los seguidores de la virtud; la alcanzó infinita ternura para amar, infinito discernimiento para comprender, infinita vehemencia para desear. Nadie, señores, deseaba y esperaba como Maria Santísima el advenimiento del Mesías prometido; Maria Santísima esperaba y deseaba á Jesucristo como la madre á su hijo, como la Reina á su soberano. *Expectans, expectavi Dominum*.

Este es el pensamiento de mi discurso; para explicarle necesito los auxilios de la divina gracia; y Maria Santísima, para concedérmelos, desea y espera que la saludemos, diciéndola reverentes con el arcángel San Gabriel:

Ave Maria.

Expresar los labios de un creyente el nombre de Maria y engolfarse el alma de un cristiano en el océano de lo grande y de lo maravilloso, es una misma cosa. Yo quisiera, señores, en alternativa de tanta importancia para mí como la en que vuestra piedad me ha colocado en este dia, traer á mi imaginacion, para el completo desarrollo de mi panegírico, los mismos pensamientos de la Virgen; á mis labios las dulcísimas frases de Maria; á mi pobre corazon los magnánimos sentimientos de aquella criatura que hace escasos nueve meses se vió preconizada con el dictado de *bendita entre todas las mujeres*. Ni mi entendimiento ni mi ciencia son bastante para que pueda expresar los deseos y las esperanzas de la Virgen Santísima, deseando y esperando el natalicio de Jesucristo, segun que yo concibo espera una buena madre el momento de dar á luz á su hijo.

Antes de todo, preciso es reconocer que decir *madre* es decir una cosa extraordinaria y sobreexcelente; es ofrecer á la humana consideracion un sér abstraído completamente de todo lo que no sea desear, esperar y amar; es ver en la mujer el más grande de los destinos para que el Altísimo la formó, y en quién, á medida que los dias y las penalidades avanzan, avanza tambien y crece lo resignado para el sufrimiento y lo generoso para el sacrificio. Una mujer, al mismo tiempo que concibe en sus entrañas una nueva criatura para el mundo, como que se despoja del corazon primero para proveerse de un segundo corazon, cuyos afectos incomprensibles é inexplicables á todo ser que no sea una madre, la arrancan de la multitud de su sexo para colocarla entre los cielos

y la tierra, entre los hombres y su Criador, cuyos sentimientos sola ella puede expresar, porque ella sola los puede comprender, y cuyas ilusiones, distintas de todas las ilusiones de la mente, quedan suficientemente recompensadas con la realidad de ser madre. Suspensa y zozobrosa, no parece que vive hasta que el fruto de su vientre dá las primeras señales de su vital animacion; y entonces, aparejada con el escudo de una fortaleza heróica, recibe, aun cuando no lo apetezca, el alimento cotidiano, se proporciona el descanso corporal, precave las inquietudes, se aleja de los peligros, y atiende más que nunca á la conservacion de una existencia que cree sagrada, inviolable y necesaria, y nó por ella, sinó por aquel otro sér que, al espirar el término señalado, ha de respirar con su aliento y ha de recibir el sustento con el jugo de su corazon.

Hay más, señores: una madre, al mismo tiempo que siente de un modo diferente á todas, desea del mismo modo de una manera más vehemente que todas las demás. Un hijo, encerrado en los estrechos limites del claustro materno, es para la mujer un misterio; y por lo mismo que el momento de darle á luz la representa el momento más probable de perder la vida, la madre desea entonces más que nunca vivir, y teme más que nunca la muerte; no porque interrumpa la carrera de sus dias, sinó porque sepulte acaso en la mansion sombría del sepulcro un alma que no sintió siquiera el primer estremecimiento de la cuna. Desea primeramente á su hijo, porque le cree como venido de la mano de Dios para fines que ella no se atreve á investigar: sobre ansiarle con el cariño de una madre, le desea asimismo con el cariño de una madre cristiana, y la fe la inspira, la esperanza la consuela y la caridad la inflama, y desea un hijo enriquecido de tantas virtudes que algun dia la calme sus incertidumbres, la resuelva sus dudas, la enjугue sus lágrimas, la socorra en sus infortunios y la devuelva, prodigiosamente multiplicados, los frutos de una religiosa educacion. Espléndida para los demás, aunque codiciosa para consigo misma, le desea útil para sus prójimos: reconcéntrase en su interior, y departiendo en dulces conferéncias con lo que es motivo de sus dolores y objeto de sus amores, le consagra la misma vida que ella tiene, y con ella le inocular la intrépida resolucion de sacrificarla algun dia, segun el espíritu del Evangelio, por la vida de sus semejantes. No hay amor como el de una madre; no hay tampoco deseos y esperanzas como los de esa misma madre al acercarse el temido y ansiado momento de dar á luz. ¿Y Maria Santísima?

Ocho dias faltaban no más para que el Sol de justicia destacase sus primeros resplandores sobre el escuálido semblante de los deserrados en este valle de lágrimas, y aún resonaban en los oidos de la que era Madre sin dejar de ser vírgen, aquellas entusiásticas palabras del paraninfo celestial: *Ecce concipies et paries filium*. «Concebirás y parirás un hijo;» pero un hijo cual nunca imaginaron las generaciones pasadas, cual nunca esperaron las generaciones venideras. Como tal, deseaba y esperaba Maria Santísima el nacimiento de Jesucristo como verdadero Dios. Era en su concepcion un misterio reservado solo al Principe de la creacion y revelado sólo á la Virgen, que aplastó con su delicado pié la garganta del dragon infernal; concebido, nó por obra de varon, y milagrosamente encarnado en su seno; á los portentos de su concepcion y encarnacion sucederia indispensablemente otro prodigio: el prodigio de su nacimiento. Maria Santísima, que concibió sin detrimento de su virginal pureza, pariria sin dolor á Jesucristo; y lo que naciendo de una mujer comun trae escrito en la frente el irrevocable decreto de su muerte, seria naciendo de la hija predilecta del firmamento la multiplicidad, la conservacion y la vida de todo el género humano. Maria Santísima deseaba y esperaba el nacimiento de su Hijo, porque era la misma Sabiduria: debía la Señora cooperar y cooperó con una eficacia incomparable á la restauracion positiva de las naciones; con el nacimiento del Hombre-Dios nacia tambien el Evangelio, que era la vida y la luz de los hombres: la verdadera ciencia, la ciencia del bien y de la santidad enseñaríala Jesucristo, y Maria Santísima deseaba y esperaba á Jesucristo, porque Ella y nadie más habia de ser doctora, maestra y propagadora de las verdades eternas, cuando el Hijo de sus entrañas concluyera de explicarlas prácticamente desde la cátedra de la Cruz. Deseaba y esperaba con una vehemencia inconcebible el nacimiento del Salvador, porque era causa y efecto del amor: causa del amor con que en el tiempo futuro amarian á su Dios, y se amarian mutuamente, los verdaderos discipulos de la fe; y efecto del amor, porque solo el amor divino arrancaba de su refulgente trono al mismo Dios, le anonadaba hasta la humanidad y le revestia de nuestra miseria, haciéndole morir con la muerte que nosotros mereciamos, y dejar sellados con su sangre y sus heridas los títulos de nuestra ventura y de nuestra inmortalidad. Amor y solo amor significaba el nacimiento de Jesucristo con las maravillosas circunstancias que le rodearon; amor y nada más que amor significaban los deseos y las esperanzas de Maria Santísima, expresion genuina del carácter que la distinguia como «Madre la

más perfecta, Madre por excelencia, la gran Madre, la Madre en un sentido absoluto.» Esperaba y deseaba el nacimiento del Mesías, porque era todo misericordia: la misericordia, dando un impulso inaudito á la vida de Jesucristo, le lanzaría desde Belén hasta el Calvario; otorgaría sobre la sangrienta cima un testamento augusto en favor de los hijos de un padre prevaricador, y María, encargada de ponerle en ejecución, aparecería delante de las criaturas, y hasta la consumación de los siglos, con la nobilísima dignidad de Madre del Criador, Madre del Salvador y Madre de Misericordia: *Mater Creatoris, Mater Salvatoris, Mater Misericordiae*.

Disminuían, con la rapidez que siempre disminuye el tiempo, los instantes del embarazo, y aumentaban con la misma proporción los deseos y las esperanzas de María Santísima, deseando y esperando el nacimiento de Jesucristo como verdadero hombre. *Expectans expectati Dominum*. Impresionable más que ninguna, porque era su corazón el más sensible entre todos los corazones, admiraba anticipadamente en su recién nacido una hermosura capaz de detener al sol en lo más encumbrado de su carrera; una candidez solo comparable en lo humano con la inocencia de una paloma; un acento que, entristeciéndose, sería más patético que el arrullo de una tórtola; regocijándose, más armonioso y acompañado que el canto de un ruiseñor; y sorprendido por el sueño y respirando con pacífica quietud, aparecía Jesucristo en el regazo de su Madre como el ángel suspirado de la paz. En sus delirios de Madre, mirábale creciendo en edad, y admirábale desarrollándose en virtudes: en la majestuosa sonrisa de su semblante reconocía prodigiosamente delineada la magnanimidad y soberanía de su alma, y si alguna vez palidece la mejilla de la Virgen, es porque asaltan á su imaginación los lúgubres presentimientos de las penalidades que han de acibarar el espíritu de aquel Niño hasta dejar concluida su misión sobre la tierra. A lo dulce del desear, mezclábase lo amargo del sufrimiento; á lo risueño de la esperanza iba encadenado lo melancólico y terrible del sacrificio. Esperaba y deseaba María Santísima el nacimiento de Jesucristo como la madre á su hijo, porque venía en Él aquella flor que brotó bajo la pluma del Profeta Isaías, flor misteriosa que engalanaba la raíz de Jessé, y sobre quien descansaría el espíritu del Señor, el espíritu de ciencia y de entendimiento, de consejo y de fortaleza, de sabiduría y de piedad. Contemplaba en Jesús nacido aquel hombre que no juzgaría por lo que vieran sus ojos, ni por lo que oyeran sus oídos, sino el amigo de los pobres y el amante de los hu-

mildes; el hombre extraordinario á cuya aparición sobre la tierra se alegrarían los desiertos, se inundarían de júbilo las soledades, y que florecería como la planta del aromático lirio; en la faz de aquel hombre, verdadero Hijo de Dios, sin dejar por eso de ser verdadero hijo de María, admirarían todos sus hermanos la gloria del Líbano y la belleza del Saron: su mirada confortaría al pusilánime: al contacto de sus manos ó al de la cimbra de su vestidura, los ciegos verían la realización de innumerables maravillas, los sordos oirían lo elevado de su doctrina y la explicación de sus parábolas, y, valiéndome de la elegante expresión de las Escrituras, los tullidos saltarían con la ligereza del ciervo, y los mudos desatarían su lengua, exhalándose en torrentes de gratitud, y publicando por donde quiera sus alabanzas. *Expectans, expectavi Dominum*. Esperando, esperé al Señor.

Esta duplicación de la palabra *esperar*, que en la boca del Profeta-Rey aparece en la forma literal como un verdadero hebraísmo, en los labios de María Santísima confirma y ratifica y comprueba más y más la verdad de mi pensamiento; hace que nuestra consideración se detenga con un interés más íntimo en presencia de la Virgen, y que oigamos divinamente interpretada la esencia y explicado el sentido de estas palabras: «Esperando, esperé al Señor.» Esperó al Señor como la madre á su hijo, como la Reina á su soberano: como madre: no ya atendiendo tanto al nacimiento de un hijo Dios y hombre, cuanto al de un Sér Supremo y excelente que, humillándose hasta María, ensalzaba á María hasta sí mismo, para recompensarla según sus merecimientos lo reclamaban, lo primero; y lo segundo, para dejarnos á nosotros, cuando el patíbulo escuchara el último suspiro del Nazareno, lo que debía sernos más necesario, que era una Madre. María Santísima miraba al mundo corrompido por los crímenes, gangrenada la sociedad por el libertinaje, las pasiones en triunfo, las virtudes en cadenas, la naturaleza proscrita, huérfanos los hombres y desventurada la creación, y deseaba y esperaba el nacimiento de su hijo, porque al quedar constituida Madre del más fuerte, del más perfecto y del más sublime, quedaría también del más débil, del más imperfecto, del más miserable.

La situación de la Virgen esperando el nacimiento del Mesías, era una situación absolutamente de amor, exclusivamente de cariño, esencialmente de caridad. Con solo tenerle encerrado nueve meses en su castísimo seno, se habían cumplido en la Señora los inexcrutables designios de la omnipotencia del Padre, de la sabiduría del Hijo, de la dilección del Espíritu Santo; se había llenado

el gran proyecto de hacerla, al mismo tiempo que la más afortunada, la más acreedora al distintivo de merecer, para ser la más digna de la confianza en el dispensar; conformábase, sin embargo, con la grandeza de sus sentimientos, como madre esperarle, *porque era el Esperado de las naciones*, y desearle, *porque era el Deseado de los collados eternos*. Naciendo, los vaticinios se cumplian, las profecías se realizaban; y los símbolos y las figuras de lo antiguo retrocedían ante la realidad y la certidumbre de lo nuevo. Naciendo, moriria; muriendo, quedaria satisfecha la justicia por quien se sacrificaba; y, satisfecha esta justicia, en las manos, en el alma y en el corazón de Maria encontraríamos los redimidos con la sangre del Cordero la plenitud de la gracia y la abundancia del perdón. Quería Maria Santísima ser toda para nosotros, como anhela y procura una buena madre ser toda para sus hijos; suspiraba por comunicarnos con su sangre la sangre que debía circular por nuestras venas, y con su vida en el tiempo, la vida que nosotros habíamos de poseer en la eternidad; por eso deseaba y esperaba el nacimiento del Unigénito del Padre, porque, en el orden de la naturaleza, de ella tomaba carne y sangre; carne que se revestia de las flaquezas de nuestra carne; sangre que tomaba en sí el desaliento de nuestra sangre; carne que debía permanecer entre nosotros para sustento de los débiles hasta la consumación de los siglos, y sangre que, además de redimirnos, sería el exquisito refrigerio en la sed de los trabajos y en el cansancio de la tribulación.

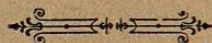
Lo entrañable en los deseos y lo vehemente en las esperanzas de la Virgen en los ocho días que precedieron á su felicísimo parto, explicarías sólo el mismo que se las infundió. Dije ántes que le deseaba y le esperaba como la Reina á su soberano, y ciertamente, católicos; como Reina de los cielos y de la tierra, de los ángeles y de los hombres. *«Tota invisibilitèr Trinitas conceptionem operabitur in te: dice el amante capellan de la Virgen, el glorioso San Ildefonso. Toda la Santísima Trinidad asiste invisiblemente á la concepción en las entrañas de Maria de la persona del Hijo de Dios; por esta misma razón, lo Santo que Maria concibe, lo que de Maria nace, lo que de Maria germina, y lo que dá á luz Maria, será grande, y se llamará el Primogénito del Altísimo; ejercerá señorío sobre todas las virtudes, dominio sobre todas las cosas, imperio sobre todos los siglos, y soberanía sobre toda la gloria; asentará en el trono de David, su padre, y reinará por eternidades de eternidades en los tabernáculos de Jacob. Visitata ab angelo. Visitada y saludada, bendecida y preconizada*

por el Arcángel, continúa el mismo Santo, se abandona con la humildad de una esclava á la voluntad de su Eterno Padre, y esta abnegación profunda la arrebató, en los trasportes de los deseos y en los deliquios de las esperanzas, á un conocimiento muy superior de sí misma; y se considera quebrantando la altiva frente de la soberbia, y sin hacer traición á su inimitable gratitud, como llamada por Dios en el tiempo, elegida por Dios desde la eternidad, la más próxima á Dios en el mundo y la inseparablemente unida con Dios en aquellas excelsas moradas donde se disfruta de todos los bienes, pero sin mezcla de mal alguno.»

La majestad de Dios glorifica, entónces más que nunca, aquella alma que, reinando ántes que existieran los orbes, y brotaran las fuentes, y perfumaran las flores, y susurraran los vientos, y se alzarán las gargantas de los montes hasta tocar el diáfano tejido de las nubes, le deseaba ya y le esperaba con el deseo más sincero, con la esperanza más halagüeña: deseo y esperanza que se dilata con los años, se acrecienta con la vida, y de quien, en los días cercanos á la natividad del Señor, participa la naturaleza toda; por eso festivamente unidos con Maria Santísima, en Ella y por Ella esperan y desean al Criador el borrascoso mar como el apacible río, al árbol corpulento como la naciente grama, el ángel como el hombre, el sabio como el ignorante, el justo como el pecador. Únase á la ternura de una madre la grandeza, la magnanimidad y la nobleza de una Reina; sublímesese el alma á medida que sobre ella acumule el Omnipotente favores y prerogativas; enlácese un amor el más intenso á Dios con un amor el más afectuoso y desinteresado hácia los hombres; el celo más abrasador por la gloria del Hacedor Supremo, y el desvelo más incansable por la salvación de las almas; busquémoslo en Maria Santísima, y Maria Santísima aparece en los últimos momentos de su Expectación, la más casta entre las doncellas, entre las siervas la Señora, entre sus hermanas la Reina, la adoración de las celestiales virtudes, la inspiración de los vates, la delicia de los pueblos y la bienaventurada entre todas las generaciones: aparece como modelo de las madres, como el espejo de las Reinas, como el faro del que navega, como el áncora del que naufraga, como puerto del que se pierde, y, finalmente, como madre digna de nuestro entusiasta cariño y como Reina acreedora á nuestra rendida veneración. El misterio de la Encarnación se habia consumado; se acercaba para consuelo del mundo al nacimiento del Hijo de Dios; el Espíritu Santo descendió sobre Maria, hízola sombra la virtud del Altísimo, y Maria Santísima deseaba y esperaba recibir en sus manos al que en-

cerraba y adoraba en su corazón con mayores deseos y con mayores esperanzas que desea una madre á su hijo y espera una Reina á su soberano. *Expectans, expectavi Dominum.*

El estado interesante de la Virgen, su grandeza y sus privilegios, sus merecimientos y sus virtudes, sus deseos y sus esperanzas, todo cuanto acabo de describiros, aunque con esa imperfección que sella todas las obras del hombre, es perdido y estéril si nosotros lo miramos con la indiferencia de un corazón terreno, si despojando nuestras almas de lo más seguro, que es la fe, de lo más rico, que es la esperanza, de lo más excelente, que es la caridad; no damos cabida en ella á los verdaderos deseos y á las verdaderas esperanzas de la venida de Jesucristo. Desear el nacimiento de Jesús, es desear una y mil veces el beneficio de la redención; esperar el nacimiento de Jesús, es esperar continuamente la salvación: desearle, es heredarle y poseerle: esperarle, es ser poseídos y hacernos nosotros herencia de Jesucristo. Arda, pues, en nuestros corazones el espíritu de la iglesia, nuestra Madre; renazcan en nosotros los deseos, y reanímense las esperanzas de todo buen cristiano. Separémonos del vicio y sigamos la virtud; detestemos el pecado y trabajemos sin cesar para conseguir la gracia; y de la misma manera que Jesucristo descendió al seno de su Madre por obra del Espíritu Santo, descenderá en estos días á nosotros por la protección generosa de María. Deseemos con Ella y esperemos por Ella: deseemos con humildad y esperemos con confianza, y Jesucristo nacerá para nosotros, habitará con nosotros durante el amargo tránsito por el erizado camino de la vida, y á la hora de la muerte Jesús y María, la Madre y el Hijo, la Reina y el Soberano satisfarán nuestros deseos y colmarán nuestras esperanzas, franqueándonos las puertas de la Jerusalén triunfante, donde dichosamente unidos con el Padre y el Espíritu Santo, entonaremos sin descansar las divinas alabanzas, por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO XXIX.

Sermon de María Santísima de la Esperanza.

Expectans, expectavi Dominum.

(David, xxxix, 1.)

HAY acontecimientos en la historia de la humanidad que han pasado, pero que no han desaparecido. Acontecimientos maravillosos, benéficos, santos, que abarcan en su extensión la duración de todos los siglos, y en su grandeza la capacidad de todos los pueblos; acontecimientos que no sólo están escritos en los fastos universales del mundo, sino que están esculpidos con caracteres indelebles, delineados, reproducidos por el dedo de Dios en el corazón de todas las naciones, de todas las generaciones y de todos los individuos.

Lo son, sobre todo acontecimiento y sobre todo prodigio, los misterios inefables obrados por la Divinidad en favor del linaje humano: lo es, entre todos estos misterios, ese misterio que es como el desarrollo y el complemento de la verdad de la Encarnación; la inauguración de una cadena de magníficos prodigios de misericordia que se dirigen como á su término en la crucifixión del Hombre-Dios. Misterio que, sirviendo de descanso en la jornada que el cristiano contemplativo recorre desde Nazareth hasta el Gólgota, es como la voz de *alto* que la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo dan á toda criatura de corazón sensible y de libre inteligencia, diciéndola: *Detente y contempla*. Misterio que la Iglesia, y nosotros con ella, acabamos de celebrar; el misterio del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, hecho hombre en las entrañas de una Virgen, y nacido